

02-01 Reflexión 12

El tesoro escondido en tu corazón

En este nuevo año calendario tu vida se extiende ante ti como un libro con páginas en blanco. Al final de este año, el 31 de diciembre, estará lleno de todo lo que habrás experimentado y logrado este año. No puedes controlar completamente tu vida, pero puedes darle una dirección concreta y, hasta cierto punto, también puedes darle forma.

Si no tomas la iniciativa, la vida lo hará automáticamente por ti. Entonces estarás a merced de fuerzas externas a ti mismo. Si no tomas ninguna elección y decisión consciente, serás vivido. Entonces, tu libro de la vida describirá una serie de acontecimientos que probablemente experimentarás sin mucha alegría. Quizá entonces te sientas como los miles de millones de pobres trabajadores de este mundo de los que se habla en El Evangelio de Acuario:

“No había una mirada de alegría en ningún rostro. Ninguno de los miembros del grupo podía pensar en otra cosa que no fuera el trabajo. Jesús se dirigió a uno de ellos y le dijo: ¿Por qué estáis todos tan tristes? ¿No tenéis felicidad en la vida? El hombre respondió: Apenas conocemos el significado de esa palabra. Nos esforzamos por vivir, y no esperamos otra cosa que no sea el trabajo, y bendecimos el día en que podamos dejar de trabajar y acostarnos a descansar en la ciudad de los muertos de Buda”.

Estas creencias fatalistas se dan más en Oriente que en Occidente. En Occidente, por lo general, hay un mayor impulso por tomar las riendas del asunto y crear situaciones que se cree que nos harán felices. Desde la antigüedad, todo tipo de filosofías se han basado en ello.

Concepciones de la felicidad

En el primer siglo de la era cristiana, es decir, en la época de Jesús, había dos escuelas principales de filosofía en Atenas, cada una de las cuales tenía opiniones bastante concretas sobre la felicidad. Los partidarios de estas dos corrientes se conocen como los Epicúreos y los Estoicos.

Se dice que el filósofo griego Epicuro (que vivió entre el 341 y el 270 a.C.) escribió trescientos libros: sobre el amor, sobre la música, sobre el actuar correcto, sobre la vida humana y sobre la naturaleza. La Carta a Menoceo -también llamada Carta sobre la felicidad- revela de inmediato la convicción más profunda del autor: la existencia humana sólo tiene que ver con la felicidad.

¿Y cómo se llega a ser feliz? Epicuro apeló a la experiencia cotidiana en la que encontró un sencillo y bello punto de partida: quien consigue satisfacer sus necesidades naturales permaneciendo alejado del dolor y de la incomodidad es una persona feliz. Estaba convencido de que con la muerte todo se acaba: no hay resurrección ni vida después de la muerte. Su mensaje era: ¡vive, disfruta y aprovecha el día! El lema de sus seguidores, los epicúreos, era: disfruta de la vida mientras puedas.

Los estoicos eran discípulos de Zenón (que vivió entre el 333 y el 262 a.C.). Eran mucho más moderados y valoraban el pensamiento por encima del sentimiento. Intentaban vivir de acuerdo con la naturaleza, desarrollando y realizando el bien en el ser humano por medio de la razón.

La ética (la doctrina del bien y del mal) desempeñaba un papel importante en la forma de pensar de los estoicos. Según los estoicos, el alma humana encuentra su mayor felicidad en la virtud. Definían la virtud como la conformidad de la voluntad humana con las leyes del universo; ser virtuoso es vivir según la naturaleza.

Según ellos, las cosas que importan en la vida son vivir con sabiduría, controlarse, perseguir la templanza y practicar la virtud.

Felicidad y sacrificio interior

Con el cambio de año, la gente se desea un feliz año nuevo. Uno puede preguntarse si esta "felicidad" está realmente en consonancia con la espiritualidad del sacrificio interior de la personalidad al alma. Después de todo, la primera Noble Verdad de Buda es que el sufrimiento es universal. Sin embargo, sabemos que todo lo que vive acabará pereciendo, y que sólo podemos crecer superando las dificultades. ¿Acaso el universo no sabe mucho mejor que nosotros mismos lo que es bueno para nosotros? ¿Cómo podemos entonces luchar por algo tan intangible y frágil como la felicidad? ¿Cómo somos capaces de desearnos mutuamente la felicidad?

Sí, todo esto es cierto. Sin embargo, la verdadera espiritualidad y la felicidad pueden muy bien ir de la mano. ¡Incluso más que eso! El objetivo de toda espiritualidad auténtica es que todo y todos seamos radiantemente felices. ¡Y las posibilidades de ser radiantemente feliz están presentes dentro de ti y dentro de cada ser humano!

El hombre puede experimentar la mayor felicidad ahora, en el presente, ¡no en una vida futura o en el más allá! La mayor felicidad es experimentar conscientemente el vínculo con la vida humana original. Eso no significa que experiencias como el dolor, la pena y la tristeza hayan dejado de existir, porque están inextricablemente ligadas a la vida en la tierra. Jesús dice en El Evangelio de Acuario:

“Tu cielo no está lejos y no es un lugar de medidas y límites, ni es un país al que hay que llegar, sino que es un estado mental. Dios nunca hizo un cielo para el hombre, ni hizo un infierno; nosotros somos creadores y los hacemos nosotros. Cesa pues de buscar el cielo en el firmamento; simplemente abre la ventana de tu corazón y, como un torrente de luz, llegará un cielo que traerá una alegría sin límites”.

El corazón humano es mucho más que un órgano necesario que bombea sangre por todo el cuerpo. Tiene múltiples niveles de actividad, todos ellos en comunicación entre sí. Según varias tradiciones espirituales, el centro del corazón del ser humano incluye:

- El corazón físico o material que es vivificado por su contraparte etérica;
- El chakra del corazón: el elemento central de un sistema de siete centros de poder o chakras; es un elemento que, entre otros, se ocupa de nuestra interacción con otras personas, de la propensión a amar y ser amado, y de nuestra identidad social;
- El núcleo espiritual inmortal del sistema humano, al que también se denomina chispa divina, átomo primordial, chispa espiritual, loto, rosa o perla.

El centro del corazón desempeña un papel vital en el desarrollo espiritual del ser humano. Por eso se le suele llamar "santuario del corazón". En el simbolismo del templo judío, el centro del corazón es el Santo (lugar), el centro de la pelvis es el Atrio, y el centro de la cabeza es el Santo de los Santos.

En la mayoría de las personas los tres centros no funcionan como santuarios. Sin embargo, cuando uno sigue el camino espiritual gnóstico, estos centros se purifican y se renuevan para que puedan empezar a funcionar desde una dimensión que trasciende el espacio y el tiempo. Entonces, los tres santuarios del templo del ser humano se vuelven completos y santos.

Purificación del corazón

Este desarrollo comienza con la elevación de la conciencia desde el centro del abdomen al centro del corazón, con la purificación del mismo. La purificación del corazón se describe simbólicamente no sólo en el relato de la Navidad, sino también, por ejemplo, en la parábola que Jesús relata a los pobres trabajadores.

Esa parábola habla de un hombre que tenía un terreno donde la tierra era dura y pobre. A pesar de su esfuerzo, el terreno no producía suficiente alimento, por lo que el hambre le atormentaba. Aquí el hambre se refiere a nuestro constante deseo de una comprensión más profunda, a la búsqueda de una respuesta a la gran pregunta de: "¿Cuál es entonces el sentido de todo?"

Si esta pregunta brota realmente de las profundidades de nuestra alma, entonces experimentaremos que siempre llegará una respuesta, porque el alma tiene una cualidad magnética. Por lo tanto, ciertamente llegará un momento en tu vida en el que se te recordará tu verdadera existencia. De alguna extraña manera, algo o alguien se cruza en tu camino haciéndote consciente de que eres más que un ser mortal que anhela una pizca de felicidad, de que también llevas una chispa de inmortalidad dentro de ti y de que esta pequeña chispa es la puerta de entrada a la felicidad duradera.

Según la parábola, un día un minero, un mensajero de la luz, que tiene la capacidad de ver bajo la superficie del campo estéril, llama al pobre hombre:

¿Sabes, hermano mío, que bajo el duro suelo rocoso de nuestra realidad superficial, se esconde nuestro verdadero sentido como seres humanos? Bajo el suelo rocoso de las cosas materiales abundan las más bellas joyas. Y todos los valores de este mundo no pueden competir en belleza con el brillo de ese Oro Puro del Espíritu. Excava profundamente bajo la tierra y encontrarás esa mina de oro, ese lugar sagrado.

El átomo primordial dentro de nosotros brilla como una joya, como un loto, como un capullo de rosa que provoca una profunda alegría. Una vez que hemos probado esa alegría, ya no hay tesoro terrenal que pueda tentarnos.

Jesús nos aconseja abrir las ventanas de nuestro corazón a esta joya. Al aquietar el corazón y dejarlo entrar en la profunda paz de Belén, abrimos nuestro ser a la armoniosa radiación que emana del núcleo de nuestro santuario del corazón.

Y cuando estamos así envueltos por esa suave pero poderosa radiación, entonces se sientan las bases para el gran proceso de renovación que nos conducirá a la felicidad duradera.

¡Les deseamos un feliz año nuevo!